La Ilusión Metafísica de los Cigarrales[1]

Félix Urabayen

Hace muchos años, cuando Galdós empezaba a cantar las excelencias de la mesa camilla, cuando la aristocracia agasajaba a las visitas con azucarillos y vasos de Lozoya, y la clase media creía que lavarse los pies era peligroso para la salud, un cigarral toledano se adquiría muy a gusto por dos o tres mil reales. Fue precisa una revolución en la medicina, en las costumbres y en las ideas; más aún: fue precisa una guerra europea para que el cigarral se elevase de paria a prócer; de modesto retiro, a finca señorial. Hasta el siglo XX, el toledano no supo apreciar este paisaje rocoso, salpicado de olivos. El renacimiento del cigarral coincide con el apogeo del Ford. En el siglo XVI, un escudo en el portón, un caballejo famélico, un cigarral y dos cofradías daban derecho a arruinarse hidalgamente y a ser retratado por "el Greco"; pero desde que la Humanidad empezó a padecer la enfermedad del movimiento continuo, el papel de los cigarrales subió hasta el infinito, gracias sobre todo a dos leyendas: sus espléndidas vistas y sus aguas únicas...

Lo de las aguas es verdad. Todos los cigarrales tienen pozo y agua en invierno, esa época abundosa en que también la destilan los tejados, las piedras y hasta las prendas de vestir. ¡Menudas nieblas se agarran a este océano de montes y colinas que sitian Toledo! Se da el hecho curioso de que ningún propietario ha confesado jamás que el agua desaparece con las primeras solanas. El propio Galdós bondadosamente declara que "hasta en las rocas nacen manantiales de cristalinas aguas". Esta leyenda bella y húmeda ha costado mucho dinero al "snobismo" forastero. El nuevo propietario nota en seguida que la leyenda no concuerda con la realidad; pero lo atribuye, naturalmente, a la vetustez de los procedimientos extractivos. El primer verano seco pide picos, palas y azadones con la energía del Gran Capitán; llama a obreros y arquitectos, ahonda sin duelo durante años y años. Todo en vano; cuanto más profundiza, menos agua saca. Aquí viene Moisés con su famosa vara, tan acertada en pleno desierto, y hace el ridículo.

Sin embargo, el dueño no se desconsuela. Con unos pequeños potes se riegan las macetas decorativas, y a los ojos del visitante, que sólo lo ve una tarde, les da una impresión de hartazgo que recuerda los versos de Garcilaso. Además, un cigarral, aunque sea de secano, guarda múltiples encantos. Sabido es que los eruditos derivan su nombre del de la cigarra, que según ellos, anida en las cercanías. Lamentamos disentir. Cigarral viene de chicharral, porque en verano los pájaros se asan automáticamente al cruzar estas tierras de promisión. La tradición asegura que de madrugada corre un vientecillo de lo más simpático y confortable; detalles que sentimos no haber comprobado nunca, pues a tales horas tenemos la honesta costumbre de estar en la cama. Por nuestra cuenta podemos asegurar que en verano hace más calor en los cigarrales que en Sevilla, y en invierno baja el termómetro en competencia con la Siberia. Sólo el olivo y el cigarralero —dos especies parejas en dureza— resisten tan guapamente esta zarabanda termométrica.

Entonces, ¡los cigarrales son inhabitables! —deducirá el desengañado lector—. Y aquí está la gracia del cigarral: que tiene días maravillosos, espléndidos; sólo que... son unos quince al año entre otoño y primavera. Se me dirá que en tales épocas hasta en una celda de Ocaña se siente la alegría de vivir. Conformes; pero hay que ser justos con el cigarral y no decir que es inhabitable.

Digan lo que quieran los técnicos, la verdadera importancia del cigarral es como explotación agrícola. En los años buenos, cada olivo da veinte aceitunas; las hemos contado durante diez cosechas. ¿Acaso el olivo es un árbol parco en fruto? En Jaén, no; ni en Córdoba, ni tampoco en Mora y Polán, que pertenecen a la provincia. Pero es que en un cigarral hay que descontar tres factores decisivos: las heladas, los gorriones y los cigarraleros. No es raro, a pesar de todo, conseguir una orza o dos de aceitunas del propio cosechero, para aderezarlas con romero y tomillo, a la manera espartana.

Esta cara ruinosa del cigarral puede tener su compensación económica en otros árboles frutales. El albaricoquero, por ejemplo, es mucho más fecundo que el olivo. Hay dueño que logra hasta seis kilos de este amigo inseparable del mazapán. Y no hablemos de los almendros, tan líricos, tan románticos, que nunca llegan a la

< [ca. 1915]. Toledo.- Vista de Toledo desde los cigarrales.

ARCHIVO SECRETO, núm 4 (2008) pp. 212-215

primavera. ¡Los almendros toledanos! Al verlos florecer rosados, alegres, impolutos como diputados de la Ceda, los ojos del propietario se regodean ante la futura cosecha. No así los del cigarralero, que pronostica invariablemente la helada allá por marzo. En lo único que coinciden siempre amo y siervo es en la fecundidad del almendro amargo, árbol a prueba de heladas, de sequías y de aficionados a los bienes ajenos.

Quedamos en que un cigarral no es negocio ni para Romanones; pero no se puede negar que es una cosa deliciosa para las visitas. ¡El aire es tan puro! Los almendros dan unas flores blancas; los albaricoqueros, unas flores rosadas. Los murciélagos, lechuzas, cucos, urracas y ratones completan con su presencia esta égloga encantadora. Las hormigas —¡oh las hermanas hormigas!—, tan hacendosas, tan pequeñitas, tan disciplinadas, tan voraces. Las hormigas son el terror de cocinas y despensas. Si Maeterlink viniera alguna vez a Toledo, escribiría otro tomo sobre las guerreras andanzas de estas legiones devastadoras. Cualquier alimento dejado a su alcance desaparece sin dejar rastro. El cigarralero suele colgar sus provisiones del techo, aisladas de todo contacto con tierra, y aun así, la seguridad es relativa, y la certeza de quedarse sin cenar, absoluta. Por algo los médicos, enemigos del ácido úrico, son fervorosos partidarios de los cigarrales...

No acaban aquí las tribulaciones. Paseándose por los tejados o tomando plácidamente el sol con inercia burguesa, sinuosas y desnudas como vicetiples de revista, suelen verse abundantes culebras de secano, lagartos, lagartijas y salamanquesas, que con frecuencia buscan el caliente cobijo de las alcobas. Pero en general son huéspedes silenciosos y poco exigentes. En honor a la verdad, molestos y ruidosos sólo existen dos falanges: la de los perros, escuálidos aunque atronadores, y la de las pulgas, sanguinarias y feroces. Descontando la inevitable sociedad de estos románticos descendientes del arca de Noé, la vida en el cigarral es una cosa agradable...

Bien, se nos dirá; pero ¿y las vistas? ¡Ah, las vistas! Como no es cosa de ir de cigarral en cigarral mendigando un panorama por amor de Dios, aunque lo hagamos con la dignidad de Homero (modesto que es uno) cuando recitaba trozos de la "Ilíada" por las ciudades griegas, vamos a dejar para otro día lo único bueno que hay en los cigarrales y a dedicarnos a hurgar un poco en el escalafón de sus propietarios.

A semejanza de todos los seres que pueblan Toledo, los cigarrales tienen una historia laica y otra eclesiástica. La primera es sencilla. El renacimiento del cigarral como cuartel olímpico del ocio o como sede pasajera del amor a grandes tragos y cortos plazos empieza y acaba con nuestro siglo de oro. La historia de las letras toledanas y la de sus cigarrales son vidas paralelas. Los intelectuales, desde el padre Mariana hasta el padre "Tirso", cantaban el paisaje, y luego, condes, marqueses y duques adquirían estas cumbres para instalar en ellas una tertulia o para desgranar recatados madrigales con palomas sencillas a espaldas de la Epístola.

Y los escritores y artistas, ¿tuvieron muchos cigarrales? Ningún poeta toledano ha tenido cigarral; ni Garcilaso, ni Medinilla, ni Gerardo Lobo. Menos aún los grandes ingenios avecindados en Toledo; ni Lope, ni Cervantes, ni Calderón. Tampoco lo poseyeron pintores como Tristán o "el Greco". No existe el cigarral de Berruguete, ni el de Covarrubias, ni el de Monegro, ni el de Horozco. Nada que huela a artista o lleve jubón literario pudo tener un cigarral en Toledo. Abandonados por la nobleza, cayeron en manos de los gremios; escribanos, drogueros, sastres, procuradores, abogados de secano, cendolillas de altos vuelos y beatas de vuelo bajo y abundantes doblones. Esta es la trayectoria laica, sin ingredientes optimistas, de los acreditados y dramáticos cigarrales. Acreditados desde Madrid, dramáticos porque resumen toda la impotencia de los dioses literarios de allá arriba y toda la vulgaridad de nuestros hermanos en Cristo de aquí abajo.

En cuanto a la historia eclesiástica de los cigarrales, corre pareja con la de la catedral. La Iglesia imprime carácter a todo lo toledano; así, cuando nuestra Primada adquiere tales brío y vigor que se convierte en el arzobispado más rico del mundo, los cigarrales dejan de pertenecer a muzárabes de medio pelo. Hasta que el clero logra fuerza espiritual gracias a los diezmos y primicias y a la prodigalidad de los agonizantes, el cigarral es un mito literario. El árabe puro tenía sus jardines de murallas adentro y dejaba al berberisco que azacanease entre rocas y peñascos. Pero sube la Iglesia y suben los cigarrales. En el lapso que media entre los dos arciprestes, los ricos canónigos compraron estos pintorescos retiros, con el santo fin de utilizarlos en honor de doña Venus, como sinagogas de Eros. Ciertas galgas expertas y generosamente retribuidas ojeaban las piezas moriscas, judías y gitanas,

encarrilándolas hacia los cigarrales, donde el dueño podía, sin escándalo, dedicarse a ganar almas infieles para la causa cristiana.

Cisneros quiso poner remedio a este género de catequesis, recluyendo a los canónigos en las Claverías y atacándolos en la fibra más sensible: el bolsillo. Pero no consiguió nada. Cisneros podía con la reina, con el pueblo, con la nobleza y con el Ejército. Con los curas y frailes se estrelló. Pese a sus admoniciones, los cigarrales continuaron siendo refugio placentero para la "muller de Don Amor a quien los homes facen todos su servidor". Pero lo que no logró Cisneros lo consiguieron los jesuitas. Más cautos que el franciscano de Torrelaguna, no presentaron batalla, sino que echando mano de las reservas económicas, compraron subrepticia y calladamente todos aquellos tenderetes comerciales de fresca carne judía. Cigarral por cigarral, iban ahuyentando a Eros. Pasaron años... y un buen día fueron expulsados los jesuitas.

Entonces, el canónigo Pérez Bayer compró un cigarral: el de las Antequeruelas. Lo remozó con cal, lo alegró con unos porches, y al par de tales reformas externas, hizo la más trascendental: en vez de la consabida y dulce caza voluptuosa, trasladó a él parte de su biblioteca y su tertulia de amigos eruditos y canónigos toledanos. La novedad fue calurosamente celebrada. Cada tarde subían los sesudos varones por la vereda orillada de pitas y cañas; cruzaban el puentecillo, derrengado sobre un arroyo seco que en primavera y otoño se desborda veinticuatro horas justas y cuyo seco cauce busca el Tajo desde Pozuela, y por los olivos en rampa entraban al huerto, reducido y muy hondo, para que la riada no se lleve las coles todos los años. Al atardecer, tras la reposada plática, la tertulia saboreaba el chocolate en la casita, casi japonesa por lo minúscula, y retornaba a la ciudad por la vereda blanda y muelle que se enrosca a la vivienda con amorosa insistencia y recuerda los escritos eruditamente retorcidos de Pérez Bayer, su propietario. Ni un revuelo femenil de sayas. La leyenda escandalosa se ha esfumado para siempre...

Pérez Bayer fue el último gran canónigo de nuestra Primada, como Lorenzana fue el último gran cardenal. Después de ellos sólo crece verdura eclesiástica en las eras de la santa catedral. Él es quien mejor ha descrito la numismática hebrea; la traducción de todas las inscripciones del Tránsito es obra suya. Arregló las bibliotecas de Salamanca, Toledo y Valencia, y todos sus ingresos los empleó en libros. Como valenciano, era sensual y amaba las rosas frescas del jardín del amor, siempre que no tuvieran perfume de castidad, y los códices y libros viejos, siempre que fueran artísticos. ¿Es que era un creyente Pérez Bayer? ¿Un Quijote acaso? Ni lo uno ni lo otro. Para Quijote le sobraban cordura y erudición; para creyente, a la manera clásica, le sobraba cultura. Fue tal vez un creyente complicado, barroco, con un gran porcentaje de escepticismo, gracias a sus jugos hebraicos. Pudo tener un harén, como los grandes clérigos de antaño, y se conformó con una biblioteca prodigiosa. Pudo, como cualquier padre Feijoo, escribir docenas de ensayos y se contentó con tundir a los falsarios del arte en unos pocos folletos. Pudo ser cardenal, y le faltó ambición. Tradujo a Salustio, y la traducción la firmó el infante D. Gabriel, su gran amigo, que lo salvara antaño de ciertas borrascas económicas. El espíritu incompleto, indeciso, de Pérez Bayer, debió de cuajarse en Toledo, que tampoco ha sido nunca una ciudad dogmática, sino ilusionadamente metafísica. No ha podido ser asceta, porque tuvo demasiado boato eclesiástico; ni casta, porque los dos arciprestes y el juglar Revulgo expandieron por todos los barrios su risa golosa; ni pagana, pues hasta Garcilaso, que tuvo a Toledo por cuna, necesitó de Italia para cantar a la Naturaleza. Acaso sean los dos el símbolo de un escepticismo esperanzado; los ojos cristianos que en el aire azul descifran la eterna lamentación rabínica, escrita en letras de fuego: "¡Ah Jerusalén: si conocieras al menos los días que aún son de gracia!".

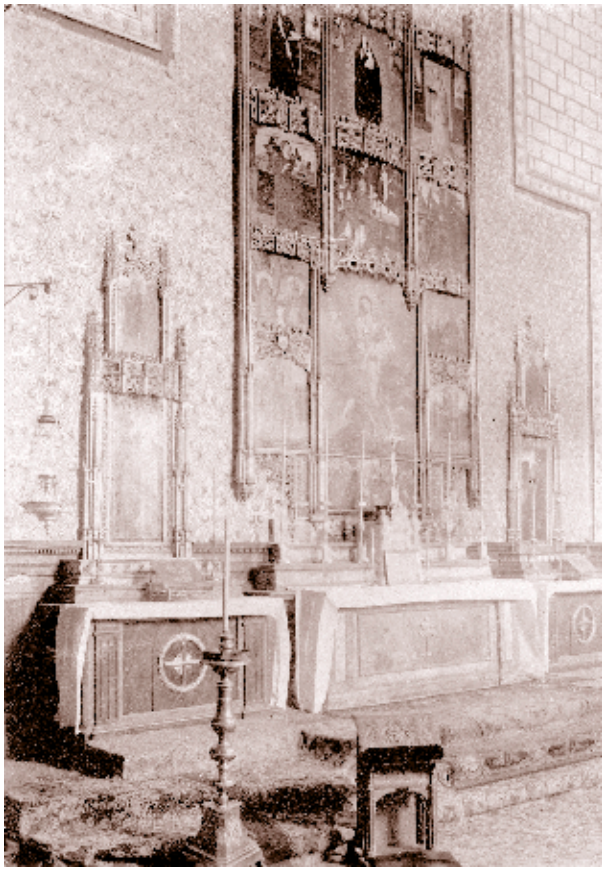
Notas:

[1] Este texto fue publicado por primera vez en el periódico madrileño *El Sol*, dentro de la colección de "Estampas Toledanas", el día 3 de mayo de 1936.

Cigarral particular en el paraje del Valle. Rodríguez

[ca. 1910]. Toledo.- Portada del Convento de Santa Isabel.

[ca. 1910]. Toledo.- Puerta del palacio de Munarriz, en la calle de San Lorenzo.

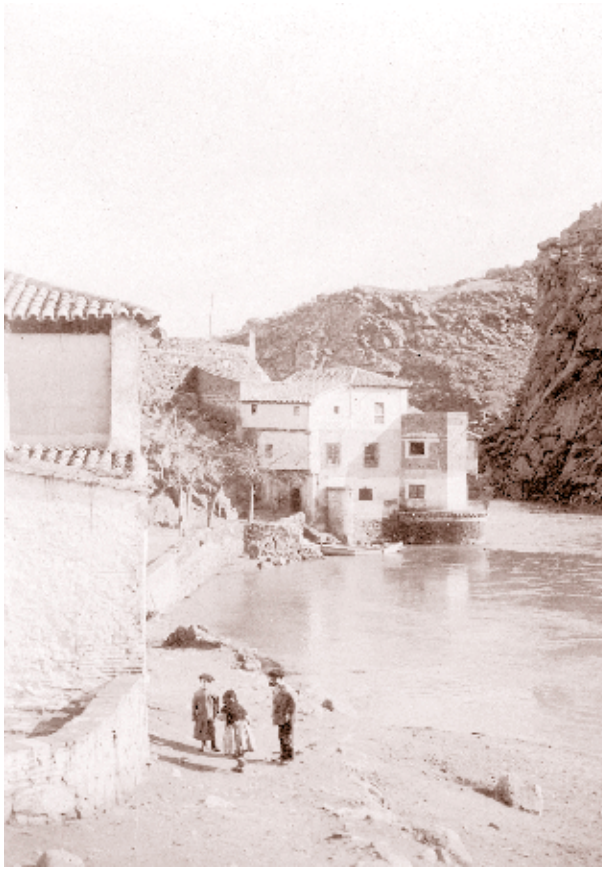


[1921, abril, 9]. Toledo.- Altar y retablo de la capilla mozárabe de la Catedral de Toledo. El retablo, de finales del siglo XV, procedía de un convento de religiosas.

[ca. 1908]. Toledo.- Púlpito de la iglesia de Santiago del Arrabal desde el que predicó San Vicente Ferrer.

[ca. 1920]. Toledo.- Niños jugando en el Callejón de Naranjos.

[ca. 1920]. Toledo.- Vista de Toledo desde una huerta cerca de Safont.



[ca. 1910]. Toledo.- Vista de la Casa del Diamantista, junto al río Tajo.

[ca. 1910]. Toledo.- Calle de San Torcuato.